

PARANIX

Concurso
"Cuéntanos un cuento"



SEBACHTIANA, LA PIOJA MELÓMANA

Cuento ganador categoría 9 y 10 años

Era una sofocante tarde del mes de junio, bochornosa y seca. Después de un día de exámenes y de largas horas de estudio con su violín, María pensó en echarse una siestecita hasta que la rutina de la tarde la despertara con los balonazos del partido de fútbol improvisado de Quique, el odioso vecino del piso de arriba, o con los decibelios del televisor de la señora Marga, la anciana de al lado.

Despejó su cama de partituras y otros cachivaches musicales y, justo cuando se disponía a cerrar los ojos...un picor intenso invadió su cabeza. Tan fuerte era que como no podía dormir decidió darse una ducha refrescante para relajarse. El picor no cesaba, así es que pensó en merendarse unas galletitas María y un helado de "drácula", porque los molestos picores empezaban a ponerla nerviosa. ¡Ufff! Al final decidió volver sobre el pasaje de la Partita de Bach BWV 1006 que se le estaba resistiendo, quedaba poco tiempo para la audición final del Conservatorio y no quería defraudar; al hacer sonar las primeras notas...¡milagro! El picor había cesado.

De repente tuvo un presentimiento... detuvo el arco y... ¡zas! de nuevo ese picor insoportable. ¿Podía ser cierto aquello?; una vocecilla mandona gritaba: - "Miiii naturallllll! Miiii natural!!!!!" María pensó que el cansancio estaba haciendo mella en ella y se tumbó sobre la cama. Algo se movió entre sus cabellos, sí, percibía los diminutos pies dando pasitos firmes de arriba abajo por toda su cabeza. María saltó de la cama precipitadamente y se dirigió hacia el espejo de su habitación. Examinó minuciosamente sus ensortijados cabellos

rojizos y allí estaba ella. Sus ojos vieron con extraordinaria nitidez los ojillos vivaces de una criatura casi microscópica. - "¡Aggg! ¡Tengo piojos! Ante tal exclamación la pioja carraspeó y afirmó: - "Me llamo Se-BACHtiana, y no está mal la interpretación de tu partita, pero...ojo con el mi natural. ¡¡¡Si Bach levantara la cabeza!!!" María no podía dar crédito a sus oídos, y entre temor y admiración, saludó a aquella criatura que, sin darle tregua, la instó a retomar el violín para explicarle algunos secretos de la obra que, según le confesó, le habían sido transmitidos a ella de generación en generación por medio de su tatarabuela que había habitado en los propios tirabuzones de ¡¡¡Johann Sebastian Bach!!!

Tras una tarde de intenso pero ameno estudio con su nueva "maestra", María fue requerida por su madre para cenar, y aunque Sebachtiana había prometido portarse bien, los numerosos descendientes que ya vivían en su cabello continuaban haciendo de las suyas... picotazo por aquí, y picotazo por allá. ¡Aquello era, verdaderamente, insoportable!

- "Pero, María ¿¿Cuántas veces te he dicho que te recojas el cabello para comer?? Deja de rascarte, ¡hay pelos pelirrojos por toda la mesa!" Su madre se dirigió al armario del baño para buscar algunas horquillas y una goma y, al ordenar los cabellos de María, divisó lo inevitable: pequeñas bolitas blancas adheridas en sus rizos y el cuero cabelludo irritado de tanto rascarse. Su madre se apartó horrorizada: - "¡Claro, ya decía yo, tienes una buena infección de piojos y liendres! Mañana mismo voy a la farmacia y consigo ese producto que me recomendó tu tía Alicia."

- "¿Qué producto?"

- ¡Pues qué va a ser, algo que mate a estos bichos! Ella dice que tiene un olor muy agradable a anís. Así es que durante unos días olerás a rosquillo navideño... Paranix, ese es el nombre."

Un escalofrío erizó la piel de María al pensar en el terrible destino que aguardaba a su maestra Sebachtiana. Pasó toda la noche en vela ideando un

plan para proteger la vida de Sebahtiana y al día siguiente comunicó su idea a la piojilla violinista: Sebahtiana tendría que mudarse a una cabeza cercana pues María no quería prescindir de sus sabios consejos. En aquel preciso instante se oyó un balonazo de Quique, su vecino aspirante a futbolista. Era el momento ideal para llevar a cabo su plan: le invitaría al concierto de mañana y Sebahtiana podría mudarse a su cabeza. La madre de Quique la invitó amablemente a merendar y a quedarse un rato jugando con él; en el fondo tenía la ilusión de que su hijo desistiera del balón y se decantara por la pasión que la joven niña demostraba por la música. Desde su nuevo hogar, Sebahtiana se despidió, con una sonrisa triste, de aquella niña que le había salvado la vida.

Pero aún hoy, en las calurosas noches de verano o en las gélidas noches de invierno, María, con sus enormes ojos verdes vidriosos, observa la hermosa luna con la esperanza de que la magia de la música llegue allá tan lejos donde se encuentre su amiga Sebahtiana.